

Cuando en el siglo XVI Lutero y sus secuaces quisieron con furia satánica borrar el culto de la Madre de Dios en Europa, bien convencidos de que no demoliendo esa torre, el catolicismo subsistiría y cantaría victoria; plúgole á Dios que el genio de Colón descubriese estas regiones de encantos y de bellezas, donde millares de corazones sencillos se consagrasen á la divina Madre. «Aquella milagrosa transmigración de la fe santa, dice un elocuente orador mejicano (1), de unos países á otros países, y de unos reinos á otros reinos, con que Dios manifiesta igualmente sus justas iras y sus inefables misericordias, jamás se dejó ver más clara y sensiblemente que en la gloriosa conquista de la América. Casi al mismo tiempo que Enrique VIII en Inglaterra, Lutero en Alemania, Calvino en Francia y Zuinglio entre los suizos declaraban sangrienta guerra á la fe de Jesucristo, se le preparaba á ésta pacífica y sólida alianza con gentes y naciones idólatras en un mundo desconocido y reputado antes como inhabitable. La religión del Hombre Dios, perseguida y como fugitiva de gran parte de Europa, buscaba en América su asilo, y en las vastas y floridas regiones del Occidente se iban á reparar las ruinas que el reino del Salvador había experimentado en los frios países del Norte. Confrontad á la luz de una exacta cronología aquellas tristes épocas con éstas no menos venturosas, y veréis como corresponden puntualmente desde sus primeros progresos hasta su estado actual los datos de las pérdidas de la religión en Europa á sus victorias en América. Apenas empezaban á rayar en Lutero los primeros crepúsculos de aquella orgullosa razón que cubrió el antiguo mundo de tinieblas, cuando empezaron también á descubrirse en el año 1492 por

(1) Dr. Fernández Uribe, Magistral de [la Metropolitana] [de Méjico á principios del siglo XIX.

Cristóbal Colón en una de las islas Lucayas los países que debían formar la nueva herencia de Jesucristo. En el mismo año 1517 en que Lutero en público sermón contra las indulgencias desplegó sus primeros esfuerzos para combatir á la Iglesia, descubrió las costas de Nueva España Francisco Fernández de Córdoba. Entre los errores que, á modo de pestífero veneno, confeccionó Lutero para corromper á los pueblos, no fué el menos pernicioso la guerra á las sagradas imágenes, especialmente de la Santísima Virgen. No pueden, no ya oírse ó expresarse, pero ni aun imaginarse sin horror las blasfemias que le dictó el demonio para deprimir la santidad y el poder de María. No permitió aquel Dios, pacientísimo sí, pero celoso del honor de su Madre que este veneno quedase sin su correspondiente antídoto. Predestinó á la virgen América para que en ella floreciese el culto de su Madre y se multiplicasen sus imágenes. Y María derramó bendiciones á manos llenas sobre estos países, fijó en ellos sus ojos de misericordia y los cubrió con su manto anchuroso como el firmamento, que prestó colores á su traje. Desde entonces hay entre María y la América una especie de simpatía divina, no sé qué armonía misteriosa que inclina la una hacia la otra».

II

María fué la que envió al descubrimiento varones devotísimos suyos, que encendiesen en los indígenas ese mismo amor. Citemos algunos ejemplos. Cristóbal Colón había bebido con la leche esta santa devoción. Antes de embarcarse confesó y comulgó con sus compañeros en una capilla de la Virgen. Emprendió el viaje en la vigilia de la fiesta de nuestra Señora de las Nieves, y lo terminó el día de la Virgen del Pilar. Todas las

tardés hacía cantar á los tripulantes la Salve. En el diario de navegación escrito por el mismo Colón se lee que todas las tardés se reunían los marineros de las tres naves que él mandaba, para cantar la Salve en el tono más expresivo de la fe y del amor hacia la que, después de Dios, todo lo puede. «Quiso que su primer barco se llamase Santa María. Al archipiélago de las Lucayas le dió el nombre de *mar de Nuestra Señora*. Cuando descubrió á Haití puso el nombre de María á un golfo que allí se encuentra. Á otro golfo de la costa nordeste llamó Puerto Concepción. En medio de la mar celebraba con indecible entusiasmo las fiestas de la Madre de Dios. Cuando volvió á España, fué arrojado por una tempestad á Santa María, y allí hizo voto á las Vírgenes de Loreto y de la Cintura, y un tercero de confesarse en la primera iglesia dedicada á la Santísima Virgen á que pudiese arribar. En todos los pueblos que ganaba Colón, dice el inca historiador, Garcilaso de la Vega, ponía imagen de María Señora nuestra.»

De Hernán Cortés, el célebre conquistador de Méjico, escribe Fray Antonio de Santa María: «á tan buenas dotes de soldado como tenía, añadía la gran devoción que tuvo á María Santísima; pues refieren que lo primero que enseñaba á los indios, era este dulcísimo nombre» (1). Llevaba también consigo una medalla de nuestra Señora de Candelaria de las Islas Canarias, que recibió, cuando estuvo en Tenerife en 1504 (2). Cuando regresó á España, regaló á nuestra Señora de Guadalupe de Extremadura una lámpara de plata y un escorpión de oro por haberle librado de la picadura venenosa

(1) España Triunfante, cap. 39, pág. 361.

(2) En el tomo II de la obra «*Méjico al través de los siglos*», escrito por el general Don Vicente Riva Palacios, hay un facsimile de dicha medalla, que conservaba el literato Don Nicolás de Altamirano fallecido, hace pocos años.

de uno de estos reptiles (1). Andrés Díaz de Venero, conquistador de Nueva Granada, fundó cuarenta poblaciones y edificó cuatrocientas iglesias dedicadas á nuestra Señora (2). Alonso de Ojeda llevaba la imagen que hoy se venera en Cuba con el augusto título de nuestra Señora de la Caridad. Aun no habían logrado los conquistadores poner el pie definitivamente en el continente americano, cuando los desgraciados compañeros de Ojeda, Enciso y Vasco Núñez de Balboa, fundaron la villa de Santa María la Antigua de Darién, en cumplimiento del voto que habían hecho á la imagen de ese título que se venera en la catedral de Sevilla. Francisco Pizarro el conquistador del Perú, llevaba la imagen del Rosario; y Pedro de Valdivia y Pedro de Alvarado, conquistadores de Chile y Guatemala respectivamente, traían siempre consigo la de nuestra Señora del Socorro. El adelantado Pedro de Mendoza, que fundó á Buenos Aires el 2 de Febrero de 1535, era devotísimo de María y por ella dió el nombre á la ciudad. Muchos historiadores aseguran que la sultana del Plata debe su nombre al capitán D. Sancho del Campo, cuñado de Mendoza, quien al pisar la región exclamó: ¡*Qué buenos aires son los de este país!* Pero una tradición bien fundada asegura haber sido otro el origen. La expedición de Mendoza fué aparejada en Cádiz y tripulada por marinos gaditanos. Los navegantes de aquel puerto estaban alistados en una cofradía religiosa bajo la advocación de Nuestra Señora la Virgen María de los Buenos Aires; y al zarpar para sus diversas expediciones, sobre todo para aquéllas que eran largas y difíciles, hacían súplicas y votos á su Patrona, á fin de que los favoreciese con vientos propicios y bonancibles; y, como el viaje de

(1) La Fuente, Historia de María, T. 2. pág. 238.

(2) La Fuente, Historia de María, T. 1.

Mendoza y los suyos resultó felicísimo, perpetuaron el nombre de su Bienhechora en el paraje donde llegaron.

María fué, en segundo lugar, quien favoreció la titánica empresa del descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo. ¿Quién guió las naves de Colón hasta este ignorado suelo? ¿Qué estrella les servía de norte en medio de los desconocidos mares que hubieron de surcar durante largos meses? ¿Quién desembarcó primero, pintada en gracioso estandarte, en estas apartadas y lejanas playas? ¿Quién derribó el poder del demonio? María, á quien había Colón ofrecido el mundo que llevaba en la mente antes de ofrecerlo á los reyes de Castilla y Aragón.

Nadie puede negar, escribe fray Antonio de Santa María, que el triunfo de esta conquista se debe á la Reina de los cielos, pues dijo Garcilaso de la Vega: «mucho deben los leones de Castilla á María Santísima» por haberles hecho señores de la principal parte del mundo que descubrió Colón». Añade el mismo, citando á Salmerón, religioso mercedario, y á Solórzano, que en la primera batalla que hubo Colón de librar con los indios en el monte de la Vega, se apareció la Virgen con el Niño Jesús en el brazo y con la cruz en la otra mano (1). También es tradición que María se dejó ver atemorizando á los indios en las llanuras de Otumba, donde obtuvo Cortés su más espléndida victoria, y en el campo de Cajamarca en el Perú. Pero donde brilló más patente la singular protección de María á los conquistadores fué en el Cuzco, según que lo refiere Garcilaso de la Vega en sus *Comentarios Reales* de esta manera: «Venida la noche que el Inca señaló, salieron los

(1) *España Triunfante*, cap. 39, pág. 359.—Véase lo que decimos tratando de nuestra Señora de Alta Gracia de la República Dominicana.

indios apercebidos de sus armas con grandes fierros y amenazas de vengar las injurias pasadas con degollar los españoles. Los cuales, avisados de sus criados los indios domésticos (que les servían de espías) de la venida de los enemigos, estaban armados de sus armas, y con gran devoción llamando á Cristo nuestro Señor y á la Virgen María su Madre, y al Apóstol Santiago, que los socorriese en aquella necesidad y afrenta. Estando ya los indios para arremeter con los cristianos, se les apareció en el aire nuestra Señora con el Niño Jesús en los brazos con grandísimo resplandor y hermosura, y se puso delante de ellos. Los infieles, mirando aquella maravilla, quedaron pasmados: sentían que les caía en los ojos un polvo, ya como arena, ya como rocío, con que se les quitó la vista de los ojos, que no sabían donde estaban. Tuvieron por bien de volverse á su alojamiento antes que los españoles saliesen á ellos. Quedaron tan amedrentados que en muchos días no osaron salir de sus cuarteles. Esta noche fué la décima séptima que los indios tuvieron apretados á los españoles que no les dejaban salir de la plaza, ni ellos osaban estar sino en escuadrón de día y de noche. De allí adelante con el asombro que nuestra Señora les puso, les dieron más lugar y les cobraron gran miedo.... Y de aquí nació que después de apaciguado aquel levantamiento de los indios, los naturales del Cuzco y las demás naciones que se hallaron en aquel cerco, viendo que la Virgen María los venció y rindió con su hermosísima vista y con el regalo del rocío que les echaba en los ojos, le hayan cobrado tanto amor y afición (demás de enseñárselo la fe católica, que después acá han recibido), que no contentos con oír á los sacerdotes los nombres y renombres que á la Virgen le dan en la lengua latina y en la castellana, han procurado traducirlos en su lengua general y añadir los que han podido para hablarle y llamarle.

en la propia y no en la extranjera cuando la adorasen y pidiesen sus favores y mercedes. De los nombres pondremos algunos para que se vea la traducción y la interpretación de los indios».

«Dicen Mamanchic, que es Señora y Madre nuestra.—Coya, reina.—Nusta, princesa de sangre real.—Zapay, única.—Jurac Amancay, azucena blanca.—Chasca, lucero del alba.—Citoccoyllor, estrella resplandeciente.—Huarcarpaña, sin manilla.—Huc hanac, sin pecado.—Mana chancasca, no tocada, que es lo mismo que inviolada.—Tazque, Virgen pura.—Diospa Maman, Madre de Dios.—También dicen Pachacamacpa Maman, que es Madre del Hacedor y sustentador del Universo. Dicen Huac chacuyac, que es amadora y bienhechora de pobres, por decir madre de misericordia, abogada nuestra» (1).

Y sin esa especial protección de María es casi imposible explicar cómo un puñado de españoles en pocos años lograron subyugar las tribus indómitas de los indios, y recorrer las llanuras, y trepar las altísimas montañas, y vadear los ríos inmensos de América que semejan mares dilatadísimos. Sólo el que ha visitado las selvas vírgenes de la América del Sur puede formarse idea de la grandiosa empresa realizada por los conquistadores.

María, en tercer lugar, fué la que implantó y arraigó la fe y la civilización cristianas en estas regiones. En la América todo es singular, advierte un castizo escritor, y no podía dejar de serlo la predicación del Evangelio. Para convertir los demás continentes el divino Maestro había dado á sus apóstoles esta orden: *Id y predicad por la redondez de la tierra mi Evangelio*.

(1) *Comentarios Reales* por Garcilaso de la Vega, tom. III, pág. 589-591.

Dóciles á esta voz los enviados de Cristo se repartieron las diversas comarcas del mundo antiguo. En el Asia trabajaron todos ellos; pero señaladamente conquistaron la Europa para Jesucristo los santos Pedro y Pablo, Andrés y Bernabé, Santiago el Mayor y San Juan. Redujeron el Africa al suave imperio de la ley cristiana entre otros los santos Simón y Judas. Y como muchos pueblos no quisiesen doblar la cerviz orgullosa á la fe, ó después de convertidos sacudiesen el precioso yugo, la Iglesia elegía y deputaba varones esclarecidos que fuesen héroes de nuevas conquistas. Recorren la España los Indalecios, Torcuatos y Segundos; convierten á Francia S. Dionisio, á Irlanda San Patricio; San Bonifacio á Alemania, San Agustín á Inglaterra; santifican los Frumencios la Abisinia, los Fulbertos la Moscovia, los Cirilos y Metodios la Rusia; sin que á los afanes y sudores de Francisco Javier queden ocultas las inmensas regiones de la India y del Japón. Sólo la América es el país desgraciado que yace en tinieblas, y adonde no alcanza la luz. En vano una piadosa leyenda nos refiere la venida de Santo Tomás á estos países; pues el silencio de los escritores eclesiásticos anteriores al descubrimiento del Nuevo Mundo, el rumbo que tomó el apóstol para sus santas correrías en la Bactriana y Media, tan lejanas de la América, y su predicación en la India oriental, son argumentos poderosísimos para rechazarla como infundada. Más fácil sería creer que el Evangelio hubiera sido anunciado por los colonos que poblaron la Groenlandia. En 980 fueron descubiertas las costas de este territorio por Eric Rada (el Rojo), Jefe islandés. Veinte años más tarde su hijo, convertido al cristianismo, siguió á su padre y fundó veinte iglesias y la ciudad de Gárdar, que fué residencia de un Obispo. Poco después Olavo, rey de Noruega, envió misioneros que propagasen el cristianismo en esas regiones. La

peste que en 1348 asoló tan cruelmente todo el norte de Europa, y las guerras entre Dinamarca, Suecia y Noruega, hicieron olvidar completamente la pequeña colonia de Groenlandia (1). Así y todo no hay sino débiles conjeturas de que esos colonos pasasen al continente americano.

Entonces ¿quedaría esta tierra abandonada de la Providencia y no había de ser beneficiada por la sangre de Cristo Señor nuestro? ¡Ah! no. Es que la Reina de los Apóstoles tenía la misión de propagar la fe en nuestro continente: aparecióse como visión del cielo en la cima del Tepeyac, en Méjico, y regaló imágenes venerandas suyas á las otras Repúblicas, y luego como por ensalmo se disiparon las tinieblas de la idolatría. En contados años un puñado de Religiosos lograron plantar la cruz desde Canadá hasta la Araucanía. María robó los corazones de los indígenas y dió vigor y elocuencia á la palabra de los misioneros. Y en tal grado es esto cierto, que en la América no se llevó á efecto la conversión de los indígenas por medio de milagros obrados por los predicadores del Evangelio. Éstos no resucitaban los muertos, ni devolvían la vista á los ciegos, ni desataban la lengua á los mudos, ni hacían otros prodigios que los acreditasen ante el público. Todo era efecto de las ternuras maternas de María. Ella era la invicta conductora de estas conquistas, el escudo de los misioneros. Ella fué la que dió alientos á aquellos impertérritos ministros del Señor que le envió España, y se llaman los Beltranes, Mogrovejos, Solanos, Bolaños, Chávez, Las Casas y Zumárragas. Y tanto arraigó la fe en estos países, que jamás ha sido perturbada por

(1) Véase «*Descubrimiento precolombino de la América*» por el presbítero colombiano D. Baltasar Vélez, publicado en París e año 1894, y la Nueva Geografía universal por Vivien de San Martin, Maury, Beudain, Topinard etc. T. 20.

cismas, herejías ni otros errores. Dando una mirada al antiguo mundo, observamos que naciones antes cristianas, donde florecieron las ciencias y las artes, se encuentran agobiadas bajo el peso de crasos errores. La América, gracias á María, se ha visto libre de ellos; y á pesar de las vicisitudes políticas por que ha pasado, el sol de la fe brilla esplendoroso.

Á María debe también la América ese prodigio de una civilización tan completa y cristiana como la de Europa en el corto espacio de tres siglos y medio, prodigio nunca visto en otra parte del mundo. En Asia, África y Oceanía á lo sumo se encuentran florecientes colonias extranjeras, pero no naciones cultas dotadas de vida y elementos propios. Y ¿á quién debemos atribuir esta gracia especialísima, sino á aquélla que fué por Dios constituida general dispensadora de beneficios á los hombres?

Finalmente, María interviene poderosamente en el grande hecho de la emancipación é independencia política de las naciones americanas.

Dios rige los destinos de las naciones por leyes ocultas, subordinadas al establecimiento y desarrollo de su Iglesia, según que se desprende de aquel admirable sueño y profecía de Nabucodonosor declarada por Daniel; y en su plan divino entraba para fines escondidos á nuestros ojos y que la historia cuidará de revelar, la emancipación y libertad de las que habían sido colonias españolas.

Encendióse en éstas el amor sagrado de la patria y de la libertad; y empujadas por él á la arena, enarbolaron la bandera de la independencia, y lanzaron sus hijos al combate para sostenerla enhiesta y triunfante. Y si el sentimiento religioso es el engendrador y el más seguro baluarte del amor patrio, y si María entra en el Cristianismo como factor de primer orden, inseparable de

su divino Hijo Jesús; natural era que, al enardecer los caudillos de la independencia á sus voluntarios en favor de la patria y del hogar, acudieran á la invocación del auxilio soberano y al patrocinio eficaz de María; tanto más, cuanto que la América latina había bebido el más puro Catolicismo y la más confiada devoción á María de la que fué su madre política y religiosa. Y Dios concedió la victoria á los heroicos patriotas, siendo parte muy principal en ella el esfuerzo que las huestes adquirieron merced á las ofrendas y plegarias que en sus distintas advocaciones hicieron á María.

Á los altares de la Reina del cielo acudieron los héroes de la independencia á implorar su valimiento; y, después de la victoria, á rendirle sus estandartes. Al grito de ¡Viva María de Guadalupe! enardeció el cura D. Miguel Hidalgo y Costilla á los mejicanos para luchar por la independencia de la patria, y les dió por estandarte un lienzo de la misma Reina aparecida en el Tepeyac.

El 9 de Diciembre de 1824, segundo día del octavario de la Purísima Concepción, en la que se obtuvo la siempre memorable victoria de Ayacucho, las tropas peruanas capitaneadas por el general Sucre y otros valientes militares, antes de entrar en batalla prometieron á la Madre de Dios y en honor de su Inmaculada Concepción mandar cantar una misa solemne en acción de gracias, si mediante su protección, á que se acogían confiadamente, alcanzaban la victoria. Obtuvieron el triunfo que aseguró para siempre la independencia del Perú é hizo nacer la República de Bolivia, y atribuyéndolo á la protección de la Santísima Virgen, cumplieron su voto el 3 de Febrero de 1825, celebrándose la misa en el antiguo templo del Sol del Cuzco, hoy iglesia de los Padres Predicadores, pronunciando enérgico discurso el guardián del convento de S. Francisco.

No diremos que esta victoria fué milagrosa; pero Dios, que dirige las acciones humanas, así como ha trazado con su dedo á los astros la órbita en que deben girar, por sus altos fines llevó á las huestes americanas, escasas en número y municiones, á la victoria contra un ejército aguerrido, bien disciplinado y enorgullecido por sus continuos triunfos. «Con algunos días más que el enemigo continuara persiguiéndonos, nuestra fuerza debía ser anulada», decía el distinguido general La Mar, que tomó parte en la referida batalla (1).

El ilustre general argentino, D. Manuel Belgrano, antes de la batalla de Tucumán, dada el 24 de Septiembre de 1813, nombró capitana de su ejército á la Virgen de las Mercedes; y después de la victoria que decidió de la independencia de su patria, colocó el bastón de mando en manos de la Señora y distribuyó entre sus soldados el escapulario de la Merced (2).

Chile enlaza la historia de su independencia con las bondades de Nuestra Señora del Carmen. Era el 18 de Marzo de 1818. Las naves de la Catedral de Santiago eran estrechas para contener la afluencia de gente de las diversas clases sociales. Iban á implorar el auxilio de María del Carmelo, porque el ejército patriota había sufrido tremendo descalabro en las llanuras de Cancharayada, quedando herido su bizarro general D. Bernardo O' Higgins. El valiente general español, Don Mariano Osorio, caminaba á paso de triunfo sobre la capital, dispuesto á arrebatarse los girones de libertad que se habían obtenido en ocho años de porfiada lucha.

Los buenos chilenos, hijos fieles de María, se estimularon á quemar el último cartucho por su libertad, jura-

(1) Sermón predicado por el Ilmo. Sr. Arzobispo de Lima, Doctor D. Francisco de Luna Pizarro, con motivo de la declaración del dogma de la Inmaculada Concepción.

(2) Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano*, T. I, pág. 496.

ron á su Madre patrona del ejército, y ofrecieron levantarle un templo en el mismo sitio donde obtuviesen la victoria. Antes de un mes los que se habían reunido con el temor en el pecho y la plegaria en los labios, se reunían otro día en el mismo santuario para entonar el *Te Deum* de acción de gracias, porque el sol del cinco de Abril había alumbrado con sus más puros rayos el triunfo decisivo de las armas chilenas en las llanuras de Maipo.

No se puede negar que la América nació y progresó en los brazos y en el corazón de María y que su libertad se halla íntimamente enlazada con el patrocinio de la celestial Señora.

III

Pero á su vez también la América ha sabido corresponder á la amorosa solicitud de la excelsa Madre de Dios. Apenas nace, cuando María, el tipo incomparable de belleza y de bondad, arrebató su corazón y la llena de entusiasmo. De la noble é hidalga nación española, su madre patria, recibe como inapreciable tesoro el culto á la celestial Señora, y lo abraza con delirio. Las principales ciudades que se fundan llevan su nombre (1).

(1) Citemos tan sólo las ciudades, pueblos, rios, etc. que llevan el nombre de Concepción.

En Argentina.—Tres departamentos (en las provincias de Entre Ríos, San Juan y Corrientes), cuatro ciudades, tres pueblos, una laguna en la gobernación de Leñaco, cerca del río Bermejo al que entrega sus aguas.

En Bolivia.—Provincia del departamento de Tarifa y su capital, villa de 1.150 habitantes.

En Colombia.—Distrito de la provincia de Oriente, departamento de Antioquia y dos villas.

En Chile.—Provincia, departamento y ciudad de las más importantes de la República.

No hay pueblo que no le erija lujoso templo ó modesta ermita. El rezo del santísimo rosario es la práctica obligada de todas las familias al caer de la tarde. Ricos y pobres cuelgan al pecho, cual honrosas decoraciones, las blancas libreas de los escapularios de María. Los más ilustres jefes de Estado se han gloriado en participar del entusiasmo de sus conciudadanos. Los santuarios de Chiquinquirá, Copacabana y Luján han visto rendidos á las plantas de sus celebérrimas imágenes á los Presidentes de sus respectivas Repúblicas, Colombia, Bolivia y Argentina. El insigne Agustín Itúrbide, libertador de Méjico, depositó su bastón de mando en la Basílica de nuestra Señora de Guadalupe y fundó la orden de su nombre. Del Presidente mártir del Ecuador, don Gabriel García Moreno, vilmente asesinado en 1875 por el puñal de un sicario, y cuyas últimas palabras fueron: «*Dios no muere*», refiere su sabio biógrafo, que llevaba consigo las medallas y escapularios de la Señora, rezaba con inviolable fidelidad el Rosario y se inscribió en la cofradía establecida por los Jesuitas en Quito. Dividiase esta asociación en dos secciones, la una para los

En Ecuador.—Un pueblo de la provincia de Esmeraldas.

En Guatemala.—Cinco municipios, dos caserios y una aldea.

En Haití.—Una ciudad.

En Méjico.—Una bahía, dos pueblos, cuatro barrios é innumerables haciendas y ranchos (fundos rústicos de cortas dimensiones).

En Perú.—Un distrito (situado en el departamento de Junín y provincia de Jauja) y cinco pueblos.

En Paraguay.—Un departamento y una villa.

En Venezuela.—Cuatro municipios, diecisiete vecindarios, tres sitios y dos rios.

En el archipiélago de Bahama una de las islas se denomina Concepción.

Añádase que muchas diócesis tienen por titular y Patrona á la Inmaculada Concepción, incluso en el Canadá, Estados Unidos é isla de Trinidad. La más antigua de estas diócesis es la de Honduras (Comayagua) erigida por Paulo III en 1539.